

LO ROMANTICO Y LOS ROMANTICOS

(Juicios y prejuicios para una contienda antirromántica)

(Continuación)

Por HORACIO J. DE LA CAMARA

De la Academia Argentina de Crítica Literaria

En Hispanoamérica, el problema de lo romántico tuvo que padecer, lógicamente, un cambio. No de valores esenciales sino de factores menores: Adaptación al medio. Por eso no alteró su sustancia ni las direcciones capitanas. La mutación o alteración fué sólo de algunos de sus ingredientes espirituales y otros ideológicos.

En general, puede afirmarse que las cosas siguieron por veredas similares a las de España. Mucha política. Literatura pobre. Angustia que era una mitad angustia y otra mitad resentimiento. Algún suicidio. Alguna rebeldía o algún rebelde sistemático. Mucha perorata politiquera y mucha poesía patriótica. También mucho verso gemebundo. Igual que España. Con todo el ánimo agallado de lo español. Pero en fobia antiespañola. Paradojas! De las que tanto usan y abusan los hombres. Y de las que tanto suelen dolerse, al cabo...

La fundación de esta veitena formidable de patrias nuevas — como fruto de la gesta emancipadora — bastaría y bastará, siempre, para justificar la posición y la resolución espiritual del alma americana. Pero eso, como realización del hombre para bien del hombre, todavía sigue siendo una esperanza de los hombres de Hispanoamérica: Constantemente bajo el yugo de las tiranías mandonas. Constantemente en el peligro de las negaciones jurídicas. Constantemente en ensayo — no todas las veces vertical — de sistemas y regímenes que todavía no alcanzan a liberar al individuo americano hacia el destino magnífico de su historia en perspectiva...

El cambio aquél tenía — dicho sea al pasar — dos o tres vicinencias propiamente americanas y otras tantas foráneas.

Por una parte, el paisaje. La influencia del cuadro natural, en Hispanoamérica, ha sido de hondísima gravitación: Como sólo los

siglos, en la decantación de los caracteres tipológicos, vendrán a demostrar, por la definición del individuo protípico del porvenir. Y será aquél cuyo sentido de la vida no radique tanto en las postulaciones leguleyas de las cartas constitucionales cuanto en las garantías que, para la felicidad de esa misma vida, sugiere la lección meridiana de Andrés Bello, en el ejemplo y testimonio de su "Oda a la agricultura de la zona tórrida".

La presencia del corazón europeo y de la mentalidad europea, en el alma legítima de la égloga de América, significa — no sólo haber multiplicado el mapamundis por dos — sino haber estirado la civilización por cien: Levantándola hacia un destino nuevo, sustantivísimo y formalmente distinto. Sin óxidos de historia bélica. Sin apetitos pedigüenos. Sin subsensualidades reptilicias. Aunque pueda decirse que nos falta la historia de una cultura y una cultura de nuestra historia. Ya sé. Y sé que eso vale y que nos falta.

El hombre americano alivia sus hambres con sólo pedirle al paisaje la contribución imprescindible. Aquí ~~ca~~be, en absoluto, la identidad añeja entre las dos significaciones de "la bucólica" y se conjugan, para bien del hombre... Basta con echar la mano hacia los frutos de las botánicas generosas, ubérrimas o hacia las pulpas de la tierra, madrinas y feraces, nuevas y sin fatigas mayores ni menores. Y muchas de ellas, aun sin haber sido violadas por la suprema virilidad del arado macho, tajador de los prodigios sementeros y roturador de los grandes surcos de la esperanza laboriosa.

La guerra americana — la auténtica y no la que hayan de enconarnos, alguna vez, desde afuera, los mercaderes mundiales y los consorcio especuladores, cualquiera sea su bandería — esa guerra nuestra se hizo para cobrar la libertad, que se alcanzó. Todavía está sin sus carriles exactos. Pero es nuestra. Todavía estamos sorprendiéndonos de teerla. Però es nuestra. Todavía no sabemos qué hacer con ella. Pero es nuestra. Y será cimientoso seguro de la fornida libertad del hombre del mañana: Un poco renacentista por las vigencias racionales de su pensamiento categorizado. Y un poco romántico por la emoción con que se sienta fraternizado hacia los demás hombres de la tierra: Bajo el signo de Dios y hacia un destino de paz y de trabajo. Unicos temas para los cuales la vida tiene un signo de ventura. Unicas banderas universales que no tienen más fronteras que la condición humana, con la sola exigencia de su infalible raíz de amor: Más altas que las causas de las razas y que los fervores divisorios de los fanatismos políticos o religiosos. Sobre todo, los religiosos: Idénticos senderos hacia una sola verdad. Y más altas, también, que las ralas pasiones del poder, de la riqueza, de la concupiscencia, del lujo: Que tanto se sirven de aquellos claros valores, para mantener al hombre en siervo y retenir al alma y al amor, en la cárcel dorada de las mentiras materiales, del soborno espiritual y mucho más, de las bíblicas len-

tejas, al precio de la intransferible primogenitura moral... Si llegásemos al fondo de esa redentora ubicación, el Romanticismo inaugural de nuestros aires libres habría superado sus raíces. O habría logrado merecer nuestro perdón!

En Hispanoamérica, las instancias románticas llegaron por el camino de las lecturas, por la voz de los estudiantes criollos que doctoraron sus afanes en las universidades de allá y de acá del mar. Y por la sugestión del cuadro natural, insobornable. La Naturaleza — sobre todo cuando tiene las medidas totales de la nuestra — no puede sino sugerir la libertad, por el ejercicio de la contemplación y por la fuerza moral que transfiere al espíritu del hombre, cuando lo enfrenta en soledad y cuando lo confronta con las tremendas majestades del panorama y del cosmos, resolviéndolo en la caracoleja profundidad de su microcosmos humano. El conflicto del hombre con el paisaje, en Hispanoamérica, habrá de estudiarse en serio, cuando haya de fijarse la unidad sociológica de las sociedades continentales y el valor individual que les hace de cimiento típico, cuando lo sea.

Durante la Colonia, las universidades habían dado preferencia a una cultura verbalista, teológica de veras, rotundamente retórica y con los tiquismiquis gramaticales ineludibles. Dañosa educación que no es imputable únicamente a las casas americanas de altos estudios. También la padeció Europa, por entonces.

Méjico en 1553 y Lima, con la de San Marcos, en 1571, fueron las primeras ciudades hispanoamericanas que tuvieron universidad. Luego florecieron las de Chuquesaca, Caracas, Bogotá, Cuzco, Trujillo y otras de mayor y menor renombre. Después, ya cercanas al Plata, Santiago de Chile y Córdoba, en la Argentina. Rivadavia — que ya había establecido el régimen de la libertad de prensa, la inviolabilidad de la propiedad y la seguridad personal — organizó la de Buenos Aires, en 1821.

La imprenta, como es de imaginar, comenzó a imprimir también en Méjico, en 1535 y en Lima, hacia 1584. Buenos Aires no la tuvo hasta 1780. Córdoba ya la había tenido en 1766. Montevideo en 1807. Y sucesivamente, Tucumán en 1817, Santa Fé en 1819, Mendoza en 1820. Entre Ríos en 1821, Corrientes en 1824, San Juan en 1825, La Rioja en 1826, Jujuy en 1852, Catamarca y San Luis en 1855 y Santiago del Estero en 1859. Seguir ese itinerario de sitios y fechas es como seguir el hilo de una razón. Verdad.?

Antes de la más antigua de esas fechas, ya los jesuitas habían movido su imprenta, en las misiones del Paraguay, imprimiendo únicamente en guaraní y en servicio de sus localistas y oportunos intereses. El resto de la labor de la imprenta colonial fué en utilidad de las cosas religiosas: Libros de misa, catecismos, textos devocionales y salpicando el conjunto, alguna gramática, algún vocabulario, muy pocas cosas de ciencia y otras, muy pocas también, de poesía.

La tierra moral, cuando advino el Romanticismo, para sembrar ésa o cualquier semilla, no podía ser más gorda... Ni tener más opulentos jugos para nutrir el fruto en perspectiva. La formación espiritual e intelectual del individuo americano — hasta allí — era de pacotilla. No hay que tener miedo ni vergüenza para decirlo. Porque es verdad: Cánones, teología, latín, filosofía de un solo filo, retórica. Sobre todo, mucha retórica de cuello almidonado: Gola para mínimos divos... No lo protesto yo. Ya lo han protestado el deán Funes, López y otros. Por la vacuidad, por la garrulería inconsútil, por el genio fofa y sin fósforo.

Los libros que se filtraban por arte del contrabando lector, fueron los que empezaron a remover el fermento liberal. Eclósion por afecto contrario. Necesidad de diagonal y diagonal al fin: Voltaire al tope! Y por presión desde fuera, en las aulas de los colegios mayores, se habían filtrado, además, las quisicosas de Newton, las ocurrencias cartesianas y las "modernas" teorías acerca de la economía, de la política y entonces el cocido subió los borbollones del hervor: Mariano Moreno porque lo había aprendido en Chuquisaca, Bolívar porque en Europa, Belgrano porque, después de Salamanca, había oído a Campomanes y había hecho gimnasia de economista, a través de las ideas de Cabarrús, de Jovellanos con su "Ley Agraria" y había dragoneado con las ideas de Adam Smith y otros barullos, hasta llegar a lo que dice Mitre de él: " **dilatáronse los horizontes del pensamiento de Belgrano, poblando su imaginación impresionable de visiones risueñas para el porvenir de la patria.**"

Y bien sería, de una buena vez, aparte las alharacas con discursos y tambores, enamorar, un poco más, a la juventud de América por el estudio de la vida, del pensamiento y de la acción de este adalid civil de nuestra patria argentina, al que se le deben muchas — más cosas de las que se saben y en quien resulta más válido e importante — por la trascendencia de sus ideas y sus fundaciones — el doctor Manuel Belgrano que el improvisado General Belgrano: "**...la más pura y una de las más altas glorias de la patria independiente y libre, merced a sus esfuerzos y a sus largos trabajos**", como lo consagra el juicio de ese otro campeón de la República: Don Bartolomé Mitre, agosto y muy impar.

A todo lo largo del continente, las condiciones en que se desarrolló la vida espiritual e intelectual de nuestros hombres americanos, no fueron sino las que derivan del cuadro activo que acaba de quedar insinuado o bosquejado. Desde entonces, la posesión de la cultura — ya por las ventajas materiales, ya por cualesquiera que fuesen las razones — estuvo, de manera casi exclusiva, en la burguesía, compuesta por comerciantes, algunos funcionarios de mayor y menor rango y, principalmente — como todavía hoy — por hacendados. Quizás algunos pocos industriales.

Las ideas revolucionarias, que promovieron la emancipación americana, fueron las del Romanticismo francés. Ni Perogrullo podría demostrarlo más perogrullescamente. El sarpuellido ya andaba dando picores, porque así se lo tenía propuesto el unánime espíritu racial. Hispanoamérica se sacudió sincrónicamente. Fenómeno histórico consabido y cierto. Y desde Miranda a Bolívar, desde Moreno a San Martín o Artigas, todos se mueven al íntimo conjuro de la casta. Pero a inspiración del liberalismo político, económico y aún jurídico de lo francés. El individuo típico del romántico legislador: Ese es el modelo para las definiciones libertadoras de la Epopeya.

La expresión espiritual de tal época no podía ser sino francesa o francesa o afrancesada. Llena de puntillas perifrásticas. Cargada de mitologías alquiladas o pedidas en préstamo. Es una especie de literaturaseudoclásica, como se ha dicho. Y pseudo-todo, como conviene decir. Porque las fiebres de lo justo y la ansiedad libertadora y patricia, no hubieran cabido en los moldes viejos del "clasicismo clásico", como no era posible cargarlo en árganas de mano...

Además, mucha doctrina enciclopedista. La metrópoli no era la Madre Patria o Patria Primordial. ¿Cómo era y cómo seguirá siéndolo por la raíz del alma y las flores de la lengua? No. España era "el tirano", era "el león" para la fabulosa aventura. Porque — aparte la razón fundamental y fundadora de su liberación institucional o estatal — los pueblos necesitaban crearse "el enemigo", el "cuco", para abominarlo. No era sólo declararse libres. Había que negar, cancelar, combatir, abatir todo símbolo del que pudiera dependerse, ya por gobierno, ya por historia, ya por espíritu. Había que requemar todos los cordones umbilicales. Y entonces, la borraquera francesa vino a prestar sus climas confusos y a favorecer el engaño de la creencia. Con todos sus vapores rousseuanianos. Y con una fronda de estilos idelógicos que jamás cupieron — ni caben — en lo auténtico o autóctono de nuestra prosapia iberoamericana. Lo más gravoso fué la levadura romántica, ardiéndole por dentro a las ideas y a la causa de la Emancipación. Sangre prestada en corazón virtuoso!

Ese apegamiento a lo francés ha demorado la evolución y la afirmación del espíritu genuinamente hispanoamericano en casi un siglo. Y apenas ahora está, nuestra América, saliéndose del daño. París — durante ese tiempo — además de proyectarse como foco del liberalismo romántico, atraía como "Ciudad Luz", como "centro de la cultura universal", en cuyos ámbitos de fama, coquetearon ideas y maneras, Bolívar y una inmensa nómina de patriotas y patriocios. Echeverría lo hizo a fondo.

París — es decir Francia — tenía la exclusividad en el rococó. Y era la edad del rococó. Rococó artístico. Rococó de la moda. Rococó científico. Rococó teatral. Rococó literario en general y

poético en particular. Era una república con condes, duques y marqueses. Era la revancha de la turba liberada, concluyendo en un barroquismo, a su manera. Las Marianas marimachos de la gesta tremenda — cuando las estaturas humanas que la historia ha querido ver en “la toma de la Bastilla” — se habían tornado en favoritas de la cortesanía demagógica o anárquica. Y ahora olían a esencias y sus puntillas crujían en los salones, en el bosque de los amores y las citas o los bulevares de las galanterías dieciochescas. París era, incluso, el rococó de la pasión: Una amante parisina, aunque fuera sin pasión y por dinero, era “un detalle” de refinamiento. Y lo fué por mucho tiempo... — **“Remedar lo francés era de buen tono, pues Francia constituía el espejo mágico en el cual solíamos mirarnos y del cual, junto con la reflexión de nuestra imagen, nos llegaba un poco de aquel espejo”**, ha dicho Salvador Merlino, con acierto.

Cuando Luis Alberto Sánchez explica el proceso de deformación espiritual del Perú, en un período inmediatamente posterior al sacudimiento — fenómeno también sincrónico en toda América Hispana — dice: **“...transformó a sus maestros en propagandistas de la “revancha”; literariamente, a sus poetas, en auditores de la masa; económicamente, afianzó la marcha hacia la plutocracia reclutada entre negociantes fiscales, intermediarios protegidos por el gobierno y audaces terratenientes; políticamente, hizo crisis el militarismo, a quien se responsabilizó de la derrota... Violentamente apartada de sus sueños orientales, la poesía abandonó a las huríes y se dedicó a rondar a los héroes... del lamento se pasa a la proclama... No se liquidó el romanticismo sino que se lo tiñó de realismo. A España la reemplaza Francia, también ululante y frenética...”** El cuadro total del batifondo postromántico era el de todas las patrias recién nacidas.

“El mal de América, opina Ricardo Tudela, es la imitación”. Y ha seguido siéndolo. Si es que no lo es todavía. Porque durante todo ese tiempo — que debió ser el de nuestra maduración sustantiva no hemos hecho más que reproducir, resonar, espejar, mal a coger el espíritu y el pensamiento ajenos. La cultura americana no es que sea solamente tributaria de la cultura de Europa. Es que lo paga al precio de las **“modas ideológicas”**. Sin haberse dado, en serio, a realizar el examen de esas influyentes modalidades y resolver lo que asimila — como de sangre propia — y lo que rechaza, para quedarse en su propia sangre. De eso no nos redime la afirmación — parcial y cándida — de que el modernismo — como prueba de lo contrario — en la literatura americana, fué anterior al español. Porque se considera que Rubén Darío lo llevo a España y que de él provinieron las cuentas mayoresales de Juan Ramón Jiménez, los Machado y el resto. Pero no es así. Rubén Darío fué a París y vino de París. Era un **“galicismo mental”** como él mismo

se ha definido. Y allí le pesaron su sangre Verlaine, Beaudelaire, Samain, Rimbaud y tantos más. Lo cual supone que, todo cuanto no pudo pasar los Pirineos — por qué sé yo cuáles motivos — se le filtró a España por los libros, por la poesía y por la presencia del genial nicaragüense, macrocéfalo y mecolórico.

* * *

Lo que sucedió en el Río de la Plata da pauta y tintas adjetivas para entender el suceso. La **"joven Generación Argentina"** representó el espíritu del trance. Y puede decirse — como se dijo — que **sus componentes "encarnan y prolongan la resonancia historicista... que es la dimensión más honda y perviviente del Romanticismo."**

Esa **"Joven Generación Argentina"** se organizó en 1838 y en 1846, Esteban Echeverría la rebautizó, llamándola **"Asociación de Mayo."**

En qué consistió el pensamiento catedral de esa "generación"? Podrá designárselo de las más distintas formas. Podrá decirse en los más antagónicos y en los más coincidentes lenguajes políticos, estéticos, jurídicos o sociales. También económicos. Pero lo radicalísimo, lo esencial fué una sola cosa: La instalación del nacionalismo, como idea madre, para determinar las concepciones singulares de nuestra historia y desde luego, todo el andamiaje institucional que había de tipificarnos como nación y como nacionalidad. En cada caso y para cada una de las patrias americanas, el tema era el mismo, adaptado a sus pequeñas diferencias.

Y qué es o cómo es ese nacionalismo.? En qué consiste.? **"Ante todo y sin duda — piensa Carlos Astrada — en la comprensión y valoración de lo peculiarmente nuestro y vernáculo, de los gérmenes lactentes en la entraña popular, cuyo despliegue y eclosión nos haría encontrar el camino hacia una cultura nacional que recogiese y acendrase nuestras esencias históricas, que diese adecuada expresión a nuestras posibilidades de vida espiritual y a su afán de acceder a la universalidad."**

Como texto de una promesa esperanzada, el párrafo de Astrada es brillante y traza una definición del puro nacionalismo, del verdadero y necesario nacionalismo, que no puede ser otra, magistralmente. Pero todo eso, en nosotros — en Hispanoamérica — como contenido potencial, para la realización de una historia categórica, es una hermosa mentira. Porque no tenemos **"esencias"** propias. Porque no podemos encontrar — ni mucho menos — el camino hacia la cacareada **"cultura nacional"**, como expresiones de nuestras **"posibilidades de vida espiritual"**. Y lo de **"acceder a la universalidad"** no pasa de ser una presunción. Con algo de petulancia nacional. Y no se hieran los cosquillosos sentimientos nacionalistas, porque es mucho más honrado dilucidar sin cortapisas los temas

de la verdad, que envanecerse de crestas — sin jerarquía, por caprichos y fervores fuera de órbita, para quedarnos — a poco que nos cuestionen — como el gallo de Morón...

Esteban Echeverría parece ser la cifra máxima de esa instalación nacionalista.

Pero tiene razón Roberto F. Giusti, refiriéndose al panorama espiritual de la patria, por entonces y comentando que: **"Tal fué el proceso histórico por el cual se formó nuestra cultura y despertó el pueblo a la vida independiente... hecho que nos sitúa en el curso de los acontecimientos universales, aunque humille nuestro orgullo de autóctonos, avergonzados de la servidumbre intelectual de nuestros abuelos, cuya cultura, para mantenerse inmune a las influencias francesas, hubiera debido seguir abrevándose, según parece, en las fuentes hispánicas de los siglos XVI y XVII, enteramente desecadas bajo los Austrias."**

Y entonces, el panorama se nos enturbia más: Por una parte, las condiciones incipientes — cuando no, negativas — de la cultura general popular, en verdadera situación de semibárbara. Por otra parte, los pocos y a veces malos, doctores que intentaban significar una **"generación"** y se lanzaban **"a la aventura de redimir el país con un credo liberal y una débil asociación..."** "Súmese a ello, el ajedrez violento de la república en ciernes, loteada en regionalismos intransigentes, capitaneados por **"oscuros y obsecuentes caudillos"**. "Y más aun: La inteligencia que terminó siendo **"sospechosa"** en la etapa inmediatamente prerrosista y que fué exilada, cuando Rosas, no tenía — a juicio del sabio maestro que es Giusti — y como que es verdad — otras direcciones que las vigencias europeas. Y para mal de males, só **"se refugiaba en algún salón burgués"**.

Además de todo esto, casi fantasmal, si se quiere hablar de **"cultura nacional"**, en nuestros tiempos románticos, argentinos y americanos, el escenario donde sucedía estas cosas y donde se movían y removían los adelantados de tan alta intención fundadora, era hostil a otras fuerzas que esas llamadas — aun entonces — **"fuerzas vivas"**. Que — aun hoy — entre nosotros, integran ganaderos, comerciantes y los mínimos industriales. Aquellos y estos últimos, posesionados de una sola sed. La que sabemos... Y por si fuera poco: Los ganaderos de aquel tiempo — igual que los de hoy — hechos verdaderos señores feudales, con tierras que llegaban a totalizar y que todavía totalizan — en muchos casos — verdaderas provincias. Su símbolo fué y es Juan Manuel de Rosas, cuya **"estancia"** era la provincia de Buenos Aires, entera. Y el signo paralelo, aunque fuese dispar la tentativa, Justo José de Urquiza, con su **"estancia"** de Entre Ríos. Dueños de vidas y haciendas y ejemplos incuestionables de un sentido de la vocación republicana que nunca podrá ser verdadera en la República. Porque es necesario, de una vez por todas, que Mitre y Sarmiento tengan — para el

destino de la patria — más razón inaugural que los equivocados signos de Ramírez, Quiroga, Bustos, Carrera, el mismo Paz y los demás! Todavía lo está sufriendo la Nación, en los deslindes de sus instituciones: Con un régimen civil anacrónico y burgués. Con un sistema de la propiedad, de la herencia y de la familia poco menos que colonial. Y todavía enarbolando, como razón de historia, los prejuicios del Romanticismo canoro, rococó y delirante, en un mundo que se incendia para atajar la avalancha desorbitada y violenta del comunismo de Lenin y Stalin, que avanza — a paso cierto — sabiendo — a ciencia cierta — que las defensas morales de nuestros pueblos — todavía feudales y en parte, coloniales — están inermes, confiadas y en abandono — en muchos casos — semibárbaro. Hispanoamérica, con muy pocos puntos de excepción, es un mapa flagrante de esa ruda realidad. Y mi patria también. Yo la he visto!

Unitarios y federales entendieron el problema de diferente manera. Aquellos fueron, a fondo, una inspiración civilizadora. Con el genio de Rivadavia al frente del ideario del batallón. Los federales, con Rosas por capitán y por campeón, lograrían la ventaja posterior, porque la disolución anárquica — ya mentada y comentada aquí — favorecería el trizado feudal de la República. Y el tema se acentuaría por las geografías — indomables de lejanías y por eso que — entonces ya! — se daba en llamar “razones históricas” o lo que es igual: Pretensiones caudillejas. Hablaban de nacionalidad y no había nación. No la hubo hasta Mitre. Y desde él, la hemos opacado — o renegado.? — varias veces...

Sobre tales campos, en la Argentina y en Hispanoamérica, el Romanticismo vendría a aplicar sus cirujías redentoras. Flaco de suyo y extranjero, no hizo más que afean la fisonomía de la nacionalidad naciente, retrasando — como está dicho — la fundación del espíritu auténtico de lo nacional verdadero. Y es mi concepto que, excepción hecha de las inspiraciones doctrinarias de Mariano Moreno; las proposiciones económicas y de educación popular de Manuel Belgrano; las sugerencias vibrantes de Bernardo de Monteagudo — filosamente analizadas por la destreza sabia de Mariano de Vedia y Mitre — y las totales concepciones del estado moderno y responsable, democrático de equilibrio, consagradas por Bernardino Rivadavia; lo demás de la siembra no pasa de ser un ademán vacío: Noble intención pero semilla sin sazones posibles. Fuera de tierra exacta. Fuera de tiempo vivo y certero. Fuera del aire inequívoco. Toda semilla — floral o ciudadana — tiene una voz infalible para un eco impostergable: Requiere, pues, ambiente. Nosotros — Hispanoamérica — no lo teníamos, para eso, entonces.

Cuando se habla de Esteban Echeverría, como paladín del Romanticismo, cabe preguntarse varias cosas. Y recojo del mismo Roberto F. Giusti, las preguntas que él se hiciera con ocasión del cen-

tenario del poeta, en 1951: "Qué celebramos en Esteban Echeverría, al conmemorar el centenario de su muerte? Al primer poeta romántico argentino, también, cronológicamente, el primero de América Española? Al fundador de la Asociación de Mayo, encarnación de los anhelos de patria y libertad de una generación sacrificada pero no sometida? Al doctrinario del Dogma Socialista, al sociólogo crítico y constructivo, maestro o precursor de los organizadores de la Nación.?"

Como poeta, el mismo Giusti lo analiza, párrafo abajo: "... la lectura de los clásicos españoles, anotada, le dió un mediano dominio de la lengua castiza, pero lo demás que puso en sus poemas, fué fruto de la facultad nativa.... Los defectos formales de sus versos, que son muchos, de lengua, de prosodia y de métrica, denuncian el estudio incompleto, un gusto no suficientemente cultivado, el descuido del que... carece de los estímulos y los frenos de una crítica advertidora, propia y ajena."

Menéndez y Pelayo ha opinado de Echeverría sin la pasión de quienes lo detractan — por militancias opuestas — o de quienes lo pontifican — por solidaridades de bandería — y dice: "...no puede haber sido vulgar y no lo fué, por cierto, a pesar de las muchas salvedades que el buen gusto tiene que hacer, tratándose de sus versos y a pesar también de que la intención poética valió generalmente en él, más que la ejecución por lo que resulta un ingenio fragmentario o incompleto, más digno de estudio que de admiración". Y el maestro santanderino agrega: "...la vocación poética no fué en él muy espontánea, sino de un modo deliberado y reflexivo, después de largas vigiliás...'. En mi criterio, eso representaría una falla grave, un delito de lesa virtud romántica, en un poeta símbolo del Romanticismo hondo. Porque Romanticismo es espontaneidad y no "fabricación" de lo poético...

Alvaro Melián Lafinur, recto en la síntesis y en el juicio caltático, pone en calificativa evidencia los perfiles de Echeverría poeta: "...recibió también la influencia de alemanes como Goethe y Schiller y de ingleses como Wordsworth (en su primer poema "Elvira" lleva un epígrafe de este poeta) y Byron... Sus poemas, que tienden siempre a la creación de una literatura nacional, contienen todos los ingredientes típicos de la poesía romántica: el amor a la naturaleza y la pintura del paisaje nativo; el folklore, la historia heroica, el lirismo exaltado, las confesiones dolorosas, las quejas contra el destino, la atormentadora pasión amorosa, las aspiraciones sociales y patrióticas, todo ello en una versificación profusa y variada, a la manera también de la escuela."

Cuando Menéndez y Pelayo comenta los versos de "La Cautiva", los enjuicia opinando que "tal como está, no pasa de la categoría de agradable, aparte del valor que tiene como primera tentativa. Los versos corren fáciles y sonoros, pero con cierta facilidad "acuosa"

que es precisamente lo contrario de la perfección rítmica. Aun en sus mejores momentos, Echeverría es un artista negligente y amanerado, que piensa con alteza pero que no tiene bastante aliento para infundir vida inmortal a sus creaciones." La nota que pone al pie de su página, el ilustre crítico español, contiene una defensa contra la posible inculpación de severidad que pueda hacerse por su dura opinión y transcribe la alabanza ditirámica que Juan M. Gutiérrez dedicara a la primera parte del poema.

Con "La Cautiva", Echeverría buscó imponer un tinte localista a su realización literaria. Eso mismo que, después, llamaron "nacionalismo estético". Eso mismo que, en la fecha de su centenario, algún comentarista detalló como "... el clima rudo de la pampa virgen; la recia sugestión del campo criollo con sus malones implacables y sus horizontes infinitos." Quizás sea ése un sentido de la nacionalidad. Pero quizás también sea un sentido de sí misma, que la nacionalidad no comparta...

Es Homero D. Guglielmini, autorizado y juicioso, quien ayuda a comprender lo del "color local" que se resuelve en "nacionalismo estético" y otros nacionalismos: "El escenario, invadido por los abalorios y artilugios del romanticismo de importación, está poblado de ciertos elementos humanos y paisajísticos de recia y violenta impronta." Y el comentarista va recorriendo los temas y datos fundamentales y precisos: "...aquel barrio del Alto, herido de puñaladas, arrullado de guitarras y aquerenciado de pulperías... al suroeste de la llamada calle de las Torres... el mercado indio, donde los araucanos amansados traían, a traficar, sus plumeros de flamenco y garza, sus boleadoras de piedra, sus arneses de tiento, sus caronas de carpincho, sus pinceles de asta, sus chupas de buche de avestruz... En otro lado, el Matadero, en cuyo recinto se arremolinaban las últimas ráfagas de la pampa, levantando la tufarada caliente del vacuno arisco y la fragancia espesa de los pastos silvestres... El mazorquero... el muchachito esclavo... la matrona que iba a misa... la negra vendedora de tortas calientes... el rojo subido hacía de contrapunto al negro retinto de los candombes. En la rica cantera encontraba, el escritor, material de sobra para convertir en "praxis" su teórica afirmación de un nacionalismo estético argentino." Después siguió el tema del desierto: "... orbe desconocido, casi cósmico, donde el indio acampaba sus aduares errantes y encendía los fuegos vagabundos de sus fogones". Hay también el elemento sonoro. "...el largo ulular insomne del indio... el aullido de los chacales". Todo un argumento. Toda una epopeya. "Con La Cautiva — prosigue Guglielmini — queda instaurado un nacionalismo estético argentino, consciente de sí, en la práctica y en la teoría."

Pero la incorporación de eso vernáculo al ideario y al temario de una literatura que — por entonces y al parecer — se bautiza

“nacional”, no bastará jamás para definir las direcciones exactas y categóricas de lo que debe entenderse por “estética”, así sea “nacional”. La presentación del panorama, la refracción de sus tipicidades nativistas, la viveza o tonificación de sus colores folklóricos, incluso la asimilación — con miras artísticas — de la flora y fauna respectivas, todo con un afán de expresar la Belleza, no pueden valer por definición de una “estética nacional”. Lo auténtico del temario no decide la nacionalidad de la disciplina a que se ajusta la conducta del artista. Haber aplicado las clásicas normas de la descripción para describir y aun para “hacer vivir” el cuadro “nacional”, no puede ser entendido como la resolución de una estética propia: Sistema distinto, mecanismo diferente, organicidad — si cabe — técnica diferenciada. En “La Cautiva”, eso no se hizo. Y menos con pujanza fundadora. **“...si la parte dramática valiese en ella lo que vale la parte descriptiva; si la influencia del sentimentalismo de Chateaubriand fuese menos visible; si las figuras de Brian y María tuviesen más realce, esta historia tierna y sencilla de dos amantes perdidos en el desierto sería una de las mejores cosas de la literatura americana”.** Esa es la calificación de Menéndez y Pelayo. El mismo que agregó: **“La descripción de la pampa, aunque hecha con rasgos que convienen a cualquier desierto, era nueva entonces y además bella.”** Posiblemente esa condición de “novedad” haya podido valer, al ilustre poeta-pensador, para acreditarla como obra fundamental de eso que Guglielmini llamó **“nacionalismo estético”**. Novedad no es bondad. Y no encuentro, en las razones revisadas, la razón para admitir lo contrario.

Hugo Emilio Pedemonte, singularísimo escudriñador de la historia espiritual e intelectual del Plata y alto mérito de honra en la literatura de habla hispana, desde Uruguay, su patria, corrobora la invalidez de que estoy acusando a Echeverría, como poeta de sensibilidad auténticamente “nacional”: **“...los gauchos de La Cautiva, como los gauchos de Bagariños Cervantes (Celiar), son un artificio infecundo”.** Y más adelante dice: **“...um romanticismo adhoc, expuesto a los mismos errores que el centralismo de Sarmiento, único veedor — en “Facundo” — de un personaje literario — y social — convincente, a pesar de muchas inexactitudes”.**

Aparte de ello, Echeverría adoleció de todo lo turbio y magro que ha hecho la mejor cifra del Romanticismo de la primera etapa: **“La suerte aciaga del que nació poeta, su soledad, su amargura, sus desengaños, su desesperanza, sus llamamientos a la muerte consoladora y al olvido”.** Eso es Byron, tremendamente. Y hay que tener cuidado que todo eso no sea, en su raíz, resentimiento... Además, en nuestro romántico — como jugo agravante — se mezclan arcaísmos con galicismos, los solecismos con los giros clásicos, los metros se confunden y se traspierden. Y semejante anarquía, para disolución de una calidad estética, no puede indicarse como fundadora

de una "estética nacional". Mal que le pese al talento incuestionable de Guglielmini.

"La inspiración de Echeverría es desigual; su dicción, clara, pero gramaticalmente insegura; su verso musical y flúido a veces, otras es lamentablemente insonoro; su arte, de reflejo..." Son palabras de Giusti, que se vuelve, para justificarlo: **"...a pesar de sus defectos, él es radicalmente un poeta"**. Pero es él mismo quien no puede menos que sancionarlo en definitiva: **"Su error estético fué exigirle a la poesía lo que ella no puede dar sin desnaturalizarse, aun en manos de los más altos poetas"**.

Echeverría poeta, pues, erró la base. Erró su destino poético o no lo tuvo. O no pudo tenerlo. Su obra en verso es un esfuerzo. Y eso, en poesía no es creación. El poema no debe buscarse. Viene al encuentro del hombre que es poeta. O éste lo trae en sí, como sustrato. O como potencia. Nada de todo lo cual — ya dicho — despoja a Echeverría de sus puros signos representativos. Porque su poesía es un acto de fe. Y hay que serle indulgentes. Lo pide Giusti. Lo había pedido Mitre.

* * *

Quizás, como corolario a la valoración que merece Echeverría, como poeta, haya podido decirse que la "virginidad del paisaje" — americano o argentino — en la pampa o en otra parte, no podía ni podrá fecundarse jamás con la imitación. Y eso le toca a él, muy de cerca...

Como fundador — si lo fué de veras — de la Asociación de Mayo y como representativo de la generación de su tiempo, así como autor del "Dogma Socialista", ¿hemos de encontrar, en su jerarquía, al creador de una doctrina políticosocial? ¿Es el precursor o el maestro de los organizadores de la Nación?

Pienso que Echeverría es un inobjetable ejemplo de dignidad activa en la defensa del ideal. Es lección — no magisterio — del **"espíritu que sostiene todavía la fe de los argentinos en la democracia"**. Como romántico de totales honduras, en un testimonio, torrentoso y apasionado, del fervor por las ideas. Son ideas de bien social. Son las que proponen, para hacer nuestra historia, **"emancipar a las masas y elevarlas a la igualdad"**, porque todo cuanto en la patria de los argentinos tienda a **"concentrar la riqueza en pocas manos"**, él y al alma de la casta, "lo abominamos". Y porque enjuicia crudamente la posible desviación: **"No hay igualdad donde cierta clase monopoliza los destinos públicos; donde el influjo y el poder paraliza para los unos, la acción de la ley y para los otros, la robustece; donde sólo los partidos — no la nación — son soberanos"**.

Tales ideas son sustantivas e inalienables en toda comunidad civilizada y organizada. Son las de nuestra aspiración nacional.

Son las jamás cumplidas entre nosotros. Ni en Hispanoamérica toda.

Pero esas ideas no forman un cuerpo de doctrina que pueda tenerse por fruto exclusivo del pensamiento echeverriano, para su patria o para América. El autor del "Dogma" sólo había "importado" una suma conjugada de proposiciones ideológicas, entre las que es dable descubrir — a juicio de Menéndez y Pelayo y de todos — **"el apocalíptico Lamennais", "el enfático y hoy tan olvidado Lermínier"** y **"el extraño apóstol de la humanidad, Pedro Leroux, que todavía lo está más"**. Dichas influencias ajenas — como en todos los casos y en todos los planos del ideal — desdoraron la realidad, aunque pueda decirse que no alcanzaron a desdeñarse la sinceridad inspirada de quien las padecía.

Pero es también muy cierto que esa inspiración ya estaba enarbolada al tope en las conciencias y en la moral de la civilidad, que había promovido las cuestiones mayores de la Revolución de Mayo: La democracia, como cimiento de un sistema institucional, orgánico y organizador. Ambas cosas para la instalación de una cultura nacional, que sustentivara — singularizándolas — las potencias del alma de la raza, por las indicaciones peculiares — **"ni imprecisas ni confusas"** — de lo nuestro popular. Ese era el contenido de Mayo, **"nuestra única tradición"**, por entonces. Todo eso que como **"la idea más cara y entrañable de la brillante pléyade de la Asociación de Mayo, cuyo legado, tan alto y tan puro, no ha tenido todavía, en las sucesivas promociones de la cultura argentina, testamentarios que lo hayan realizado"**.

No está de más decirlo así. Porque la única afirmación del ideario republicano, con un sentido preciso y patricio de la nacionalidad, como organización hacia un destino y para un destino; así como la única ejecución para dar a la Nación una estructura acorde con la tradición moral y hacia una organización legal, por el juego efectivo de sus inmanencias espirituales y de sus instituciones ciertas, fué la que dió a la República el genio austero y perinclito de Bartolomé Mitre. Posteriores deformaciones de la democracia argentina nos han llevado y nos han traído, por una serie de sucesivas crisis políticas, demostrativas del fracaso de los hombres frente al sistema, por obra de la avaricia ideológica — que las hay y que son malas o peores! — y por la inoperancia — cada vez más señalada — de las facciones o partidos y frente a la fuerza del militarismo, convertido en razón ciudadana, resolutoria y finalmente rectora, en abierta oposición con el destino y la moral de las democracias auténticas.

Y es ello una verdad vertical y filosófísimas. Aunque se duelan de errada indignación los comentaristas de rebotica y los prelados de comité, profesionales de la retórica a sueldo y los usureros del voto con empleo público y las banderías de partido, tan opacas como las voces que corean sus himnos minivalentes. Los mismos que

Echeverría, con ese alarde flameante de su actitud romántica y de su **"santa vehemencia"**, en sus "Palabras proféticas", previendo la crisis, sancionaría hacia el porvenir: "Anatema!"

Esteban Echeverría fué un gesto. No un ideario. Eso no quiere decir que no tuviese ideas. Su obra de pensador — según así lo adjetivan quienes quieren remarcarlo, en servicio, cada cual, de sus rediles — no tiene originalidad. Es flaca de sustancia y de esa inevitable potencia que, en materia de ideas, se ha de llamar **"actualidad"**: Ocasión geográfico-social y trascendencia política por la perduración de las instituciones postuladas.

Comenzó por malformarse. Su apasionada vibración antiespañola tenía, necesariamente, que quebrar o cuando menos, resentir la claridad de sus posiciones ideológicas y las direcciones de su pensamiento.

Esa fobia antiespañola, en él y en quienes la compartieron, no hizo sino deslucir la realidad del gesto inspirado. Porque parecía no pretender tan sólo la liberación. No. No le bastaba con la justa y legítima reacción, para lograr la soltura. No. No era sólo enrolarse en tales o cuales tendencias políticas, filosóficas o sociales. No. Había también que incendiar a España. Ubicándose en lo francés romántico o donde fuese. Pero había que incendiar a España. Resolviéndose por la libertad, la igualdad y la fraternidad. Pero había que incendiar a España. Etnicamente no podía ser. Pero había que incendiar a España. Entonces, eso, desde sus raíces, no era solamente el amor por las ideas nuevas y por el nuevo destino que ellas prometían o proponían a la patria naciente. Era un odio oscuro y denso contra los propios jugos del espíritu, de la fe, de la razón medular y de las banderas morales de la raza. Era la rebelión contra todo lo que constituía y constituye la clara tradición espiritual de Hispanoamérica y era arrendar el fondo y la estatura de sus signos culturales, al alma de una tradición y de una perspectiva sustancialmente ajenas. En cierta forma: Era desorbitar la inspiración de Mayo. Quiérase o no!

Echeverría estuvo, pues, fuera de lo que podríamos llamar la **"territorialidad moral"** de la emoción ideológica. Porque desde el punto de vista de las puras ideas, no puede decirse — según eso — que se animara de ideas puras. El odio infundado y torcido hacia la irrenunciable tradición de la casta espiritual, opacó la honestidad de su contenido. También quiérase o no!

Más que un proscrito — cuando las ignominias de la Tiranía — fué un **"desterrado"**. Porque siempre lo fué: Ajeno a su tierra. Fuera de aquella **"territorialidad"** de la emoción. Extraño a eso que lo telúrico filtra, en el individuo, por las plantas de sus pies, hasta llegar al centro mismo de la sangre — en trayectoria idéntica a la de las savias mayores — para hacerlo parte viva y efectiva en el paisaje, en el cuadro natural, auténtico y verídico, intensamente e

íntegramente humano. Homero D. Guglielmini tiene razón: **"Echeverría fué el desterrado de veras"**. Parece un símbolo externo de su realidad interior: **"Como que ni su cuerpo podemos encontrar ya debajo tierra."** Sus despojos anónimos se perdieron, para siempre, en el Cementerio viejo de Montevideo. Y no quedó de él, siquiera el **"cadáver útil a los afanes banderizos de reivindicación o a las facciosas algaradas funerarias de propaganda"**.

Echeverría estuvo descolocado, desubicado, en todo momento. En el exilio, era el díscolo constante, sistemático. En la ofrenda de las ideas, para las confrontaciones sin contienda — porque ésta debilita y consume — era violento, polémico, intransigente. Romántico de esencia y de presencia! En él valía, incluso, el apocamiento físico, que no deja de ser, jamás, resolutorio. Podrá sonar a mala palabra, pero eso es resentimiento.

Cuando se habla de resentimiento, los oídos del alma ajena se incomodan. Y el alma ajena también... Pero el resentimiento es una enorme palanca moral y sentimental. No siempre es síntoma de baja. A veces lo es de ciertas majezas. O equivale a su resorte. Ricardo Sáenz Bayes lo revisó, alguna vez, con tajante visión crítica: **"Pero a sí como existe un resentido de tipo inferior, hay otro de más noble sustancia, en punto a capacidad. La historia nos revela una galería de grandes resentidos que le causaron el mayor mal imaginable a la humanidad, a causa de la autointoxicación psíquica que es, según Max Scheler, el resentimiento."** Y desfilan, después, Aristófanes contra Sócrates; Alcibiades contra su patria; Cicerón por su apatencia de poder; Marco Tulio por verse **"reemplazado y perseguido por gentes indignas"**; Maquiavelo celoso de ser secretario y segundón de quien lo era en calidades y finalmente, Napoleón frente a sus compañeros, en la Academia de Artillería, humillado por las presunciones aristocráticas de éstos, que él no podía siquiera compensar ni emparejar.

La actitud, la constante, la línea medular de Echeverría — patriotismo y gratitudes aparte — son de innegable e indudable resentimiento. El resentimiento físico, que ha hecho grandes a muchos grandes. El mismo que en Ruíz de Alarcón hace, de sus terribles deformaciones, un dramaturgo de minuciosa custodia de las formas estéticas y de la más severa y elegante ejemplaridad de virtud: Obra de perfección proveniente de las imperfecciones del cuerpo del artista, en reacción compensatoria. Y ni se dude. Byron fué así. Chopin fué así. Toulouse-Lautrec tuvo que ser a sí. Napoleón, más acá de la escena de la Academia, también: Hidropico y con el tremendo problema de su impotencia, posible o imposible, intermitente quizás.

Para la expresión de sus ideas, Echeverría manejó el idioma con una limpieza, con una propiedad que hubiéramos preferido para sus conceptos. Y es que lo había estudiado **"con profunda aplicación"**.

temas de la organización colonial e imitando, en cierta forma, las autonomías federales yanquis, ha venido hasta nosotros y plantea la disolución — caso anárquica — de nuestro sistema institucional de fondo. Porque cada municipio, autárquico y autónomo, lejos de ser raíz democrática — como se pretende — favorece la existencia de sendas “republicuetas”, dentro de la República y pone, en servicio del comité gobernante, por intermedio del jefe comunal, los recursos del erario público, las nóminas de los empleos y todo el tejemaneje de una administración, aunque sea de menor cuantía. Eso representa una virtual conculcación del régimen de las democracias y es una de las más graves mentiras que sostenemos, por sostener su explotación desleal y engañosa, borroneando la verdad porque no nos conviene...

Otras de esas flacuras son las que se refieren a su tolerancia, a su aceptación, a su consentimiento moral y político respecto de la intromisión violenta de las potencias extranjeras en el Plata, con tal de conseguir la liberación: Así fuese al precio de otra subordinación a fuerzas extrañas, radicalmente ajenas al índice de nuestra historia en perspectiva. Y si algo hay que buscar, para justificarlo, que se diga: **“Echeverría se hallaba entonces comiendo el pan amargo del destierro... Y este hambriento de gloria, ni siquiera abrigaba la esperanza de una justicia póstuma... mientras paraba las estocadas de De Angelis, debió volverse para replicar las insidias de su compañero de ostracismo, Rivera Indarte”**. Estaba, dígame claro, moral y espiritualmente acorralado!

Echeverría tuvo una visión excitada de lo que es el pueblo. Creyó que democracia es lirismo ciudadano. Y lo que él imputó a los unitarios — falta de fe en ese pueblo — fué su propio error, hacia el otro extremo| Porque la concepción de “pueblo” no puede exceder las cuencas vitales y sociales de la realidad material, por las correntadas del frenesí ideológico. El mismo lo decía: **“Rosas tuvo más tino. Echó mano del elemento democrático y lo explotó con destreza”**. Es el testimonio de su honda equivocación. Porque él supo, a plena conciencia, que carecíamos de una filosofía social, como **“pueblo nacional”**, como comunidad organizada conforme a un ideario básico, fundamental y al sistema de instituciones que debe de ser correlativo, consiguiente, consecuente. Supo a plena conciencia, que **“nuestro saber político nada estable y adecuado ha producido en punto a organización social”**, como así lo confesara, agregando: **“...que la educación del pueblo no ha empezado; que existen muchas ideas en nuestra sociedad, pero no un sistema argentino de doctrinas políticas... y que con nada contamos para iniciar la grande obra de la emancipación de la inteligencia argentina”**. Esa misma inteligencia a la que él contribuyó — sí — con su gesto pero a la que debilitó con su aportación del préstamo ideológico del Romanticismo afrancesado, medularmente burgués, pese

a todos los tintes frígidos de sus cantos y proclamas. Y es que esa importación romántico-francesa, en semejante trémolo de afanes y delirios de ensoñación nacionalista, no podía **"entroncar vitalmente en la corta tradición que arranca de Mayo"**.

Y precisamente ésa es otra flacura de Echeverría: La de considerar la historia como un engranaje de abstracciones. **"Tenía tan pobre manera de entender la historia de su país, que no empezaba a contarla más que desde fecha tan reciente como la revolución de Mayo de 1810, como si ninguna nación se hubiese improvisado en un día"**. Es lo que le reprocha sesudamente Menéndez y Pelayo.

De tal manera, pues, elucidar el pensamiento echeverriano no tiene, para nosotros, tanta importancia como señalar la medida, casi épica, de su ejemplo alto: Es el vértice de un anhelo. Es la veleta de un entusiasmo patricio. Es el verbo de un momento del espíritu. Es el guión de una mocedad heroica que se sintió en el compromiso de "regenerar" la nacionalidad, al toque de sus clarines prosopopéyicos. Es el signo de una actitud contra la tiranía. Es una admonición y un adjetivo. Es un mensaje del alma de la casta, después de todo y por encima de todo. Incluso de sí mismo. Y si es verdad que lo novedoso de su pensamiento no basta para exonerarlo de la crítica negadora, no es menos cierto que la pasión de su lucha, cuales quiera que sean sus raíces, es bastante motivo para embellecer la inspiración de su gesto. Y aunque pueda reprochársele su extranjería espiritual, su desubicación ideológica, su fobia emotiva, habrá siempre que comprender la dignidad de su postura. Pese a que Enrique de Gandía tenga toda la razón: **"Lo único que hizo fué vivir aislado, con sus recuerdos tristes, como un pobre romántico amante de la libertad"**.

Y es que, en esencia y aparte lo suyo — como cardíaco y como atravesado por la tisis que lo consumió — él respondía al Romanticismo de sus floraciones y formaciones intelectuales, en cuyas botánicas oscuras germinó el ideario de su pasiva epopeya — vuelvan las paradojas! — ciudadana: **"Con "la pasión por inspiradora, el escepticismo por filosofía, el "spleen" por consejero y la exageración por regla"**. Como decía Torres Caicedo, en 1863.

No hablemos de José Mármol, que no vale la pena. Es verdad que jugarse la calma y el corazón contra los puñales de aquella "mazorca" o los de cualquier otra, así como contra los odios oficiales de cualquier clase, era y es y será un mérito civil, a toda honra. Puede eso hasta servir para ganarse un monumento. Y basta! Pero Mármol no tiene — ni por eso — con qué llenar una página de historia ni un capítulo de nuestro proceso literario nacional o americano. **"Ignorante enciclopédico"**, como lo designó un notable crítico argentino, tuvo más facundia y brío que altas ideas. Tuvo más rencor que hondura de conceptos. Y tal es la "ferocidad" de su poesía que el austero maestro de las "Ideas Estéticas" tuvo que

decir, a su respecto: **"Salvo las diferencias entre el puñal y la pluma, hay casos en que el poeta se pone a la altura del tirano a quien combate"**. Estuvo cercano a la **"convulsión epiléptica"**, que en literatura es gravísimo delito. Con las agravantes de sus galicismos formales y mentales, mezclados con algunas ideas españolas. No hizo escuela ni le debemos otra cosa que su ademán erguido, fácil de repetir, lógicamente. Es mucho. Pero en sí, no es nada.

En cambio está la figura gravitante de Juan Bautista Alberdi. Sus "Bases" equivalen, innegablemente, al prolegómeno constitucional más importante, entre todas las prelusiones intentadas, hasta 1853. Redundante sería revisar el detalle de su sistema y el régimen de instituciones provenientes de él. Dejémoslo ahí, como cuerpo de estudio y veamos ahora y aquí, sus esencias, sus climas de altura, su interioridad fundamental. Su contenido éticosocial o sea, el jurídico de fondo.

Alberdi fué amigo de Echeverría. Fué compañero de Marcos Sastre. Militó en la Asociación de Mayo. Estuvo en Europa acompañado por Juan María Gutiérrez, **"el más completo hombre de letras"**, que había dado América, hasta entonces. Había estado en Montevideo, exilado por sí mismo y volviendo a América, en Chile hizo periodismo durante diez años; escribió algunos relatos, poemas en prosa y otras obras de menor cuantía, incluso de teatro. Fué entonces cuando publicó sus "Bases". Su pensamiento unitario del comienzo, se había tornado federal. Creó — con su obra — una verdadera doctrina institucional, con un sistema de política de unión y hasta con las vigencias económicas inevitables, en cuanto régimen rentístico. Fué un imbatible enemigo de Sarmiento y de Mitre, de quienes había sido cordial amigo. Antibelicista fornido. Individualista neto. Polemista nato. Virilmente sincero. Afinadamente escrutador de las conciencias. Estadista mirón y certero. Sociólogo puro. Pensador con influencia, con gravitación. Le bastó escribir para que lo oyesen, como a ninguno, en la definición estructural de la República. Si no fué hombre de acción — que no lo fué — en cambio fué rector de los principios generadores de la nacionalidad. Les dió la oportuna medida. Libertad y progreso, unión y trabajo, paz amor a los signos de la vida y de la Patria, fueron los atributos cimeros de su ideario. Jurista, economista, político: Gobernante sin llegar a gobernar. Eso valió.

Escribía muy mal. Con estilo pesado, gravoso, plúmbeo. Pero con un razonamiento estricto, de infalible lógica: La lógica del hombre hecho a las especulaciones — como si fueran matemáticas — del derecho. Veraces y totales.

Su romanticismo fué claro y está todavía resonando en las declaraciones, derechos y garantías de la Constitución Nacional. El individuo que perfilan esas decisiones legales es una especie de demiurgo, colindante con la utopía, con el hombre de veras social.

Es un ideal social. Es una idea de hombre. Esto es: Un no hombre, como querría Unamuno.

Claro está que — por entonces — ésa era la oportuna y necesaria definición del hombre, para una primera parte en la ejecutora del ideal de Mayo. Pero habría que ir — él no lo previó — a lo que Alejandro Korn, mucho después, designaría como **"realizar entre nosotros la segunda revolución de Mayo"**.

Y es éste — maestro de generaciones filosóficas argentinas — quien, en 1925, en la plena docencia de su cátedra, en La Plata, denunciaria que: **Ninguna ideología argentina puede olvidar el factor económico, el resorte pragmático de la existencia. Pero el progreso material puede dignificarse con el concepto básico de la justicia social. Luego la evolución económica no ha de ser por fuerza la finalidad; debemos concebirla como un medio para realizar una cultura nacional. Esto no lo habría negado el mismo Alberdi, pero, a su juicio, la cultura era la identificación con la destreza técnica"**.

El crecimiento material nos llevó — desde aquel tiempo — a conjugar, sin conciliar, tesis sociales diferentes, a veces antagónicas, separando los carriles y dándolos en diagonal, cuando debían conducirnos a una misma conquista. Yorn, filósofo de la libertad y de las "nuevas bases", sobre un sistema de valoraciones por revaloración, opinaba que **"las exigencias de la hora imponen una superación de nuestras viejas bases — las "Bases" de Alberti, credo común en que varias generaciones de argentinos reconocieron la expresión de sus anhelos — pero cuya estrechez e insuficiencia ponen al descubierto las necesidades del momento**, según las palabras interpretativas de Eugenio Pucciarelli, explicando la posición ideológica de su viejo maestro. Y diciendo la verdad, de paso.

En esa filosofía de Alejandro Korn, la más clara pujanza — amén de otras muchas — consiste en **"la coincidencia del hombre consigo mismo"**, que es fórmula entera y certera. Es la clave de su **"libertad creadora"**. No la libertad de las prescripciones legales, la que fabrican o inventan los dibujantes de la ciudadanía, para una caricatura de la vida y para apenas un croquis del individuo, que no cabe todo, en ninguna ley. La libertad creadora de Korn es una conquista racional. Es un merecimiento. Es una posesión lograda, ganada, trabajada, conseguida. Es una libertad que se edifica en sí misma. Y que resulta del hombre. Y no el hombre de ella. Por lo cual es la libertad creadora. No del individuo. Sino de sus propias obras libres.

Este es el perfil del individuo — como clima moral — que no puede salirse del individuo mismo ni encogerse en él. Y es el que se le escapó a Alberdi. Porque no podía filosofarlo ni socializarlo antes de que fuese una entidad real: Real en el tiempo, para serlo en el espacio de las comunidades. Y no pudo abarcarlo porque, romántico él también, quiso encasillar al individuo en un recuadro

ciudadano. Para dejarlo a pervivir, históricamente, en ese molde único. Y siempre que eso suceda, la mitad del hombre quedará fuera del molde... **"El fenómeno es idéntico al que se experimenta con la vida entera del espíritu. Se ha descubierto la forma de quitarle al hombre su alma, dejándolo vivir"**. Así lo expone Ezequiel Martínez Estrada, cuando acusa de **"cultura enferma"**, a esta cultura nuestra de propaganda pagada e intencionada y de prensa universal de sociedades anónimas, **"moralmente irresponsable"**.

Fenómeno y forma de contagio por la propaganda, que Martínez Estrada denuncia con un vigor y una valentía dignos de su talento y de su magisterio espiritual, contra los cuales — forma y fenómeno — Alejandro Korn había postulado, precisamente, su libertad creadora y su **"personalismo voluntarista"**, que es la integración valorativa del hombre, sin que puedan castrarlo los argumentos políticos ni los remiendos cívicos: Porque el hombre es y debe de ser una plenitud, a cuyas sumas lo estimula la cultura, lo conduce el saber lo emociona la posesión de la vida, en libertad y en medio a los demás.

Alberdi ofrece la riesgosa gravitación de sus ideas y un poco mucho la de haber logrado que sus "Bases" y la Constitución Nacional, de ellas devenida, hayan adquirido caracteres de verdaderos mitos ciudadanos. Y las ciudadanías no pueden tener mitos. So pena de convertirse en religiones políticas, en misticismos cívicos o civiles. Lo que es absurdo. Porque religión y política son trabajos del espíritu y de la mente, que el hombre necesita separar del todo y en sustancia, para no equivocarse hacia ninguna de ambas: Para no dar al César lo que sólo es propio de Dios. Y para evitar toda tentativa de descargar en Dios lo que pueda faltar o lo que pueda sobrar al César...

La debilidad de las razones de Alberdi ha sido, paradójicamente, la de ser tan fuertes. Y eso de haberse quedado, como vigencia inalterable, en un país que nacía, institucionalmente, con ellas. Porque un sistema de instituciones que llegue a endurecerse a los posibles retoques, a medida de su propio juego, ha de ser como un cuerpo que no adquiriese agilidad ni vigor, a medida de su propio entrenamiento o ejercicio racional, metódico. Suponer que la carta fundamental de una nacionalidad es intocable o pretender que debe serlo, es violentar el destino de las corrientes de la evolución histórica. Las leyes, aunque se piense lo que se quiera, tienen **"su edad"**. Y quizás también **"su moda"**. Por ejemplo, la propiedad horizontal, los consorcios propietarios — como derivación progresista del respectivo derecho — están más de "moda" que nunca... Y cuando la República Argentina tenga 30, 60 o 100 millones de habitantes, el régimen constitucional de la propiedad — si no le mudan la moda al Código Civil y a su madrina, la Carta Magna — será una tapia moral y legal contra el progreso, un anacronismo inhumano, una norma

arrugada y estrecha, mala y antijurídica, para las necesidades de un régimen de la propiedad que no podrá ser tan burgués ni tan "hacendado" como el que padece la Nación, desde los vergonzosos tiempos del caudillismo, cuando el señor feudal — que todavía impera — era el resolutorio de los destinos de la civilidad y de la ley. Y entonces habrá que retocarle el "indumento" a las "Bases", a la Constitución y a la moral de nuestra democracia, para no dejarlas en "carnaval jurídico". Que suele haberlos...

Por lo demás, no es osado pensar que nuestro sistema alberdiano de instituciones ha envejecido. Y que no es "tabú". Ni puede serlo. Y lo malo es que ha envejecido sin haber tenido principio de ejecución integral. Porque la Constitución Nacional jamás estuvo en plena vigencia. Nunca fué cumplida en todas sus dimensiones y direcciones. Es una mera proposición histórica. Y sin historia de sus realidades. Porque la que lleva, es la de sus parcialidades. Las políticas y los políticos, incluso más de uno de los magistrados, le hicieron — siempre — decomiso de sus esencias mejores. Y a eso ayudó, en mucho, la ciudadanía de formación romántica...

La historia y sus etapas nacionales, demuestran el caprichoso ejercicio de la Constitución como carta fundamental de la República. El uso discrecional del estado de sitio; el abuso de la facultad de intervención a las provincias; el poder de utilizar las fuerzas militares — como quiera que sea — otorgado al presidente de la Nación, convertido — tontamente! — en jefe supremo de las milicias armadas de la Patria; la dependencia — casi acaudillada —, de las provincias, pobres y no pobres, de las veleidades de la Casa Rosada; la mentira legislativa de un parlamento siempre genuflexo y muchas veces incapaz; el habeas corpus controlado por jueces "sugeridos" por las listas o "ternas" de comité; la libertad de enseñar sujeta al régimen, inconsulto y centralista, del poder nacional, que dice qué es y cuál la educación que conviene o no conviene; la libertad de trabajar, la de asociarse, la de transitar, la de publicar o predicar las ideas, sometidas a los vaivenes de lo político y de los políticos; el sistema contributivo diversificado por los estados provinciales, obligando al cumplimiento de impuestos superpuestos; el federalismo desvirtuando en el régimen municipal, por la entrega de las comunas a la avaricia mandona de los caudillejos de barrio; los ministros hacendados y los jueces políticos; los presidentes y los gobernadores hechos únicos amos de los presupuestos, para la distribución corrupta y viciosa de los empleos sin revisión de capacidades, sin concurso y dejando al empleado público a la deriva de los perdones del comité o de las sanciones y cesantías provenientes de la misma autoridad, en fin: Todo eso y mucho más demuestra que el sistema falla por la base. La inmoralidad del gobernante no es fruto de la inmoralidad del pueblo. Es hendidia abierta por la ocasión en los valladares del régimen institucional. Es un sistema de tanta

buena fe que ya resulta ñoño. Y que era para cuando Mitre o Sarmiento bajaban de la presidencia de la Nación a vivir en la casa que les regalaba el pueblo...

¿Cómo que no es inválida la más ancha parte de la Constitución Nacional? Ella funda nuestro derecho. Lo encabeza, como Ley Mayor. Y tiene en sí una falla garrafal: Establece la casación. La casación es una ley de armonía jurídica. Unifica el criterio interpretativo y da cimientos de organicidad a la jurisprudencia. Su aplicación y cumplimiento dan decoro a la administración de la justicia, porque hacen una sola justicia para toda la Nación. Sin embargo, desde la vigencia constitucional que nos rige, ese derecho está establecido en la Ley Magna. Pro, no habiéndose dictado jamás la ley reglamentaria, que determine el procedimiento judicial respectivo, tal derecho no puede ser ejercitado. Y entonces sucede la aberración legal de que, por carecer del reglamento o ley de forma, no puede usarse el derecho de fondo...

Detalle al acaso es ése, entre los tantos que podrían analizarse, respecto de nuestro sistema institucional, para demostrar cuál es el divorcio hondísimo entre nuestra pretensión y nuestra realidad. Porque la evolución del país — y con él, el continente hispanoamericano — ha superado la validez y la utilidad de las instituciones creadas al influjo de la concepción romántica. Y la más intensa verdad sigue dormida debajo de las más palmarias mentiras. Los errores, las deficiencias, la inaplicabilidad incuestionable de muchos de esos conceptos y la inutilidad absoluta de muchas vigencias anacrónicas, nos llevan a la conclusión de que las blanduras del sistema — por imprevisión — han permitido desorientar sus direcciones; enmohecer sus normas, haciéndolas inválidas o inaptas y desubicando — por permanencia de añejas fórmulas — las que fueron oportunas concepciones: Partiendo de principios mal ahondados, se llegó a fines equivocados. De ahí la crisis.

Nuestros sistemas americanos — románticos de esencia y de origen — han persistido sus desviaciones. El régimen de las potestades esenciales jamás estuvo regulado, lo que equivale a decir que jamás fué compuesto en la medida útil y necesaria, para el bien del hombre y para el resguardo garantizado de sus seguridades menores, insobornables.

Esas desviaciones se han debido a la falsa concepción del individuo, a una equivocada concepción de las comunidades, a una atroz concepción del Estado, con las agravantes de sus trascendencias históricas. Hispanoamérica se dió una "**democracia política**" y sobre ella, edificó sus sistemas institucionales. Pero no completó nunca el cuadro. No hizo ni previó la "**democracia social**", cuyo sentido económico tenía que resolverse por la sola evolución de las comunidades constituídas y por la transformación de las tradicionales comunidades europeas. Esa evolución, en América, se operó por el aumento

acelerado de las poblaciones continentales, la acentuación consiguiente del promedio de consumo y el también consiguiente aumento de las necesidades de producción y tras eso, la superación calificativa del proletariado y su trabajo. Y finalmente, por la proyección del individuo — equilibrado en su jurídica medula — del orden político al orden social. Es decir: Del ciudadano que vota y es votado al individuo social, por equiparación legítima de potestades, borrando las divisiones de clases y queriendo vivir y debiendo vivir con el decoro material a que tiene derecho. Porque es un individuo — ser humano — y es un ciudadano — ser político — y porque es un elemento activo en la producción de la riqueza, de los bienes, por la acción valiosa de su trabajo — ser social — que lo calibra y lo define como centro vital del bienestar de la comunidad.

A esa evolución, las instituciones de Hispanoamérica — con muy recientes y escasas excepciones — le han opuesto el sistema de las revoluciones: Procedimiento romántico contra una dirección de la moral social, que ya no admite tajamares ni embalses... Y la ineficacia de esa actitud no alcanzará siquiera a demorar la respuesta que nuestra América tiene que dar a la civilización, en esta hora crucial — verdaderamente crucial — de su destino.

Pero no todas esas concepciones románticas han de ser canceladas, postergadas y, a veces, ni siquiera discutidas. Por ejemplo: Hay un sentido de la libertad que — para integrar la dignidad de la condición humana — no puede sino ahondarse, hasta darle una plenitud racional — no en servicio del Estado, como quiere el Romanticismo — sino trascendiéndola hacia la historia — que es el tiempo a edificarse y no el edificado, solamente — definiéndola como irreversible en su dirección espiritual y moral, auténticamente y sin retoques de cada vez. Eso que no puede tocarse sino que, siendo hecho consustancial al individuo, sólo puede ordenarse en lo que sea coordinarlo — en el ajedrez de las sociedades — al interés común y alto de la civilización y de la cultura.

La fórmula más fuerte para lograr esa integración, será la de concluir, para siempre, con la explotación del hombre por el hombre y la de borrar — como institución social — la caridad. No la caridad de comprender, de tolerar, de ayudar espiritualmente, que es la caridad de Jesús de Nazareth, ya intocable hasta el resto de los días del mundo. Sino la caridad de la limosna, que envejece y envilece la vergüenza de ser hombre. Y ser hombre tiene toda la belleza de una dignidad. La más austera.

Tampoco puede perdurar en nuestros sistemas y en nuestras concepciones, lo irracional de cierto "mitamismo espiritual", cierto seguir "nutriéndose con mitos antiguos o creándolos". Porque son sabias las reflexiones que hace Tulio Halperin Donghi: **"He aquí — en la relación entre orden viejo y orden nuevo y en la inserción que era preciso buscar a la práctica en la teoría — los conflictos que**

llevaba implícitos la actitud renovada del romanticismo... son tan sólo los que surgen de su mero ser renovador, sin tomar en cuenta los rumbos concretos que había de tomar el nuevo orden. Porque también en este punto hubo mayor vacilación y ambigüedad de lo que puede suponerse... Significa explicar cómo de esa heroica disidencia frente al orden viejo, se llega a unos duros regímenes cuya dorada prosperidad y cuyo culto del progreso ocultan muchas cosas, que está bien se oculten, tan repulsivas son y que finalmente salen a luz cuando ese nuevo orden, supuestamente firme, cae en pedazos".

Juvenal Machado Doncel, vigoroso pensador argentino, razonaba acerca del concepto de "nacionalismo", diciendo que, etimológicamente, "no significó otra cosa que "apego de los naturales de una nación a ella propia y a cuanto le pertenece". Y ese razonamiento no puede quedar trunco. Porque esa concepción — como el mismo autor lo dice — ha sufrido variantes peligrosas: Un tonificado escepticismo, del que fueron símbolos Barrés y Sorel, en Francia, condujo a negar las libertades individuales, a otorgar al individuo la "condición de subproducto", dando a la nación o al estado, la entera significación preponderante. Con más los aditamentos del prejuicio racial, del odio al extranjero y otras falsas políticas, más hondas y más dañinas de lo que ha podido suponerse y más allá de lo que merecíamos padecer por ellas...

Ese sería — si se me deja decirlo así — el "fondo de reversión" del Romanticismo que, persiguiendo sus afanes delirantes de hipereestimación del individuo y desarrollándolo o creciéndolo en un solo sentido, termina — por la más cruda de todas sus paradojas — apagándolo en eso: "**Subproducto**".

El concepto de "nacionalismo", que deriva del Romanticismo ideológico social, es el ángulo de mayor riesgo en las ideas contemporáneas. Casi podría decirse que es el rincón de vidrio de nuestra civilización. Y del problema que representa — ya como riesgo, ya como potencia dependerá, sin duda, el porvenir del pensamiento humano y sus balances: Para el destino venturoso o desventurado del individuo. Para siempre.

Ha de convenirse en que la nacionalidad — para lo racional del juicio, no romántico — no significa exclusividad. Aunque permita o consienta o autorice un mínimo ético de exclusión. Porque es imbatible la individualización. Porque nación quiere decir "**unidad de destino**", como lo estudiaba el profesor Juan Zaragüeta y según quien: "...cualquiera que fuera la calidad o el grado de las variantes, de los "hechos diferenciales" por señalar entre los sectores que la componen, sobre todos ellos, se halla el hecho ingente de la colaboración consentida, de la voluntad de haber asumido una tarea común por realizar perdurablemente, en el concierto de los pueblos que integran la geografía y discurren por el cauce de la historia humana". **Unidad, pues, de destino.** Pero de destino en lo "universo".

Una nación es un estilo, decía García Morente. Porque una nación **"no es, pues, en esencia, ni una determinada sangre, ni un determinado idioma, ni un territorio sino una modalidad o estilo que, en su sangre, en su idioma, en su territorio, en sus actos todos, en su vida entera..."** han grabado, han filtrado, han puesto las acciones del propio vivir y del propio ser, sustantivamente, con sus yerros y sus aciertos.

La concepción de lo **"nacional"** no puede equivocarse ni desviarse. Hispanoamérica debe encontrarse en sí y en sus tradiciones, que son inmanencia viva y permanencia viviente. Sobre todo en esta etapa tan brutalmente crucial de la historia del hombre: En verdadera crisis del Romanticismo siglo XX.

"Quien se resista a interpretar la crisis de nuestros días, situándola en la curva que dibuja el proceso de esa lucha y prescindida deliberada o inconscientemente de los episodios en que antes se ha manifestado, con otros caracteres, la contienda, corre el riesgo de perderse en una bizantina exégesis de los accidentes, sin llegar a descubrir las líneas principales de su estructura". Tales son las palabras de advertencia del cimero revisor de la historia de la cultura y del espíritu humanos, que es José Luis Romero. Y no es menos cierto que **"la indagación del sentido de la crisis es demasiado importante para que sea lícito malgastar la inteligencia en un esfuerzo indagador que puede conducir a la confusión o al error"**.

Ya nadie duda de que una nueva civilización se alzarán sobre el episodio de este sacudimiento, el más profundo que haya comprometido al hombre en su destino. Pero al mecanismo de la historia parece reconfortarnos con la lección de las visiones transcurridas, de las que nuestro corazón de hoy puede sacar la luz suficiente, para que nada se haya perdido del todo y para que nunca la desesperación haya de ser para desesperar de todo.

Pequeño y grande, a la vez; mínimo pero trascendente, el hombre tiene el resorte de su serenidad razonadora, para recuperar el ritmo y la conducta de la historia. Sin escapar a la realidad de lo objetivo, como lo hacían los románticos. Porque ésa es la historia que le rodea. Sin hundirse en los abismos de su propia negación nacionalista y sin exaltarse a titanismos valorativos — totalitarios o de los otros porque aquello encoge y esto debilita por extensión excesiva, la dimensión de su dignidad humana. Sin proyectarse al infinito, endiosándose. Sin apocarse ni opacarse en "subproducto". Porque él es la causa de sus propios efectos, mediatos e inmediatos. Es él su propia historia. El tiempo es el hombre como perspectiva. Y hay que aprenderlo. El hombre no posee más que eso: Su proyección histórica. Como entidad hacia un destino. O sea, como entelequia. Por ello debe deslindarse, con claro optimismo y redimido, en la categórica resolución de su intensa problemática. Sin pedir consejo para resolverlo. Porque, como opina Benedetto Croce, **"es**

evidente que el hombre que pide consejo respecto de su dignidad personal, en realidad ya ha renunciado a ella". La dignidad humana no es tan sólo un sentimiento. Es un razonamiento moral. Es más clásico que romántico, porque debe hacer escuela...

La redención del hombre, levantándose sobre la crisis del Romanticismo, se hará sobre los planos del pensamiento universal, mediante un proceso de evolución, dignificando al ciudadano — resultado civil romántico — en valor social — resultado imposter-gable de las jurídicas y de las ciencias morales necesarias — para la fundación de una paz verdadera — también imposter-gable — fuertemente establecida sobre la base del trabajo y sus esfuerzos, de la distribución equitativa de los bienes y el uso racional de la riqueza, sin discriminaciones de clases ni de razas ni de credos: Para una armonía social que decida un nuevo sentido de la historia y un nuevo y claro sentido en el destino del hombre: El mismo originario que le confiara Dios, al hacerlo a "Su imagen y semejanza" buscando que mereciera la indicación del parecido providencial.

Y habremos comprendido, entonces, cuán lejos estamos, por el camino equivocado del Romanticismo, de aquellos jardines y rincones del mundo, que Girardin buscaba embellecer, en 1777.

Junin (BA), 25 de febrero 1956

B I B L I O G R A F I A :

- Introducción al estudio del Romanticismo Español
 - Guillermo Díaz-Plaja
- Orígenes del Romanticismo.
 - Enrique de Gandía
- Humanismo y Romanticismo
 - Luís Beltrán Guerrero
- El espiritualismo en la literatura francesa
 - Mons. Gustavo J. Francschi
- Clasicismo y Romanticismo
 - Ricardo Baeza
- Hist. de los Heterodoxos
 - M. Menéndez y Pelayo
- Hist. de las Ideas Estéticas
 - J. García Mercadal
- Hist. de la poesía argentina
 - A. Valbuena Prat
- Hist. del Romanticismo en España
 - Enrique Piñeyro
- Hist. de la Literatura Española
 - J. Cejador à Frauca
- El Romanticismo en España
 - M. Méndez Bejarano
- Hist. de la lengua y literatura castallana
 - P. Fco. Blanco García
- Hist. política de los afrancesados
 - M. Méndez Bejarano
- Hist. de la literatura española en el siglo XIX
 - P. Fco. Blanco García

- Shakespeare en la literatura española — Alfonso Par
- Enquetes romantiques — Jean Sarrailh
- Le Romantisme — Louis Reynaud
- Echeverría: Nacionalismo estético argentino — Homero D. Guglielmini
- Aporte del Romanticismo al proceso cultural, etc. — Carlos Astrada
- Historia de la literatura de Europa — P. Van Tieghem
- Literatura de Portugal — Fig. de Figueiredo
- Literatura Brasileña — Ronald de Carvalho
- El romanticismo literario — Alvaro Melián Lafinur
- L'Espagne et le Romantisme française — Ernest Martinenche
- Prólogo a "La Boda de Don Juan", de C. M. Noel — Ramón Pérez de Ayala
- La literatura francesa moderna: El Romanticismo — Emilia Pardo Bazán
- Hist. de la literatura italiana — Karl Vossler
- Hist. de la literatura francesa — R. G. Scarpit

Y otras obras, entre la inmensa bibliografía acerca del tema, además de artículos, ensayos y otros estudios, consultados en revistas especializadas, tales como Sur, Paideia, América, Sustancia, Cuadernos Hispano Americanos, Renacimiento, Cultura, Galleria y otras y también los valiosos suplementos literarios de La Prensa, La Nación, Clarín, El Litoral, etc. de la Argentina, aunque haya quienes tengan por "falsa erudición" la cita de estas útiles piezas de lectura y consulta, de autoridad responsable dadas las firmas de quienes son sus autores.